

ILUSION SATISFECHA

POR F. R. BASTIDA

La ilusión, esa mariposilla de alas multicolores que suele revolotear en nuestro interior, nos impele a las más diversas actividades, a las más variadas aventuras. Ponemos ilusión en la vida misma, en el amor, en nuestro bienestar económico; ponemos ilusión en las próximas vacaciones, en la cercana Navidad, en la excursión que proyectamos para Semana Santa, en alcanzar esta o aquella cumbre. Unas veces, la mariposa de la ilusión se estrella, cegada, contra el foco luminoso que la atrae y perece abrasada; otras, alcanza a posarse sobre la flor codiciada y liba, gozosa, el anhelado néctar del deseo satisfecho.

Todo montañero tiene una rara predilección por subir a esta o aquella montaña, a determinado macizo. Yo sentí, a partir de no sé cuándo, esa llamada de la montaña deseada que partía justamente del entronque cantabroibérico. No sé por qué quise ascender a Pico Tres Mares; me puse el pretexto de que era la única en nuestra península que vertía sus aguas a los tres mares que bañan sus costas, pero lo verdaderamente cierto es que el deseo surgió porque sí y la mariposilla de mi ilusión montañera ansió volar a tan esbelta cúspide. Así, un mes de mayo me embarqué en el «Simplón», que me dejó en la estación de Las Rozas, ante un paisaje bellissimo y desolador al propio tiempo. Y es que junto a la estación está el Pantano del Ebro, cuya orilla meridional había seguido el tren durante quince kilómetros. Ese pantano, que tiene un perímetro de noventa kilómetros y veinticinco en su eje mayor, que embalsa cuarenta millones de metros cúbicos de agua y es el lago artificial mayor de Europa. Ese pantano, cuya construcción ha supuesto el sacrificio de tres mil pobladores de La Vilga, comarca de pastizales que alimentaban diez mil cabezos de ganado, en el que destacaban las mejores yeguas de España, gala de la feria de San Mateo, a donde venían los compradores de Las Landas francesas y el Ampurdán catalán. Ese pantano, que no solamente ha recogido las lluvias caídas sobre las sierras del Escudo, Isar, Cordel, Híjar y Montes Carabeos, sino también las lágrimas de esos tres mil campurrianos que han ido viendo, junto a sus ganados, cómo iba cubriendo el agua sus lares, los cementerios, las iglesias, la historia, en fin, de una noble tierra, donde todavía la torre de la iglesia de Las Rozas se mira perpleja en el espejo de un lago recién nacido, reproducción del que debió existir al comienzo de la era cuaternaria en el mismo lugar y que el Ebro rom-

pió en el mismo sitio que el hombre ha levantado un dique de hormigón para restaurar el embalse, que regulariza el caudal del río y administra los estiajes, para que más abajo no queden agostadas vegas, huertas y mejanas. Cuando los campesinos riojanos, navarros y aragoneses rieguen sus tierras, debieran de pensar en el sacrificio de estos tres mil españoles, cuyo éxodo no ha sido modelo de previsión. Las indemnizaciones, insuficientes y desiguales; el puente que debiera unir Orzales con Arroyo, no está terminado y el que se construyó entre La Población de Yuso y Arija, se hundió poco después de ser terminado y hundido sigue. Y como no se han previsto barcazas para trasladar de orilla a orilla el ganado, carros y aperos, los campesinos han de dar rodeos de veinte y hasta treinta kilómetros para cultivar sus tierras.

Sin embargo, el espectáculo es bellissimo y lo sería aún más si las orillas del pantano se repoblasen racionalmente de arbolado y se adecentasen y embelleciesen los pueblos que circundan el lago, poblado ahora por nuevos seres alados que se han unido a las tradicionales cigüeñas: Garzas reales, ánades y hasta gaviotas del Cantábrico, huidas de éste por los temporales del norte. Es un paraje que debiera dedicarse por entero al turismo, dada la belleza que supone esta masa lacustre artificial, de orillas deliciosamente irregulares, con buen número de islas, penínsulas, golfos y estuarios en su contorno.

Pero he divagado un tanto del tema aborigen de este artículo: La ilusión por Pico Tres Mares y su ascensión, que habíamos dejado en la estación de Las Rozas. El «Simplón» marcha camino de León y nosotros nos acomodamos (?) en un pequeño autobús que continúa el recorrido de la orilla sur del pantano del Ebro. Cruzamos el dique, que no creo tenga siquiera cien metros de longitud ni cuarenta de altura. Después de pasar por Arroyo, el embalse se estrecha; tiene ahora la semblanza de una ría; y por fin vuelve a ser el juvenil Ebro algo más abajo de Reinosa, a donde llegamos después de pasar por Retortillo, cerca de las ruinas de la romana Julióbriga.

El mismo autobús continúa por la tarde, unos días hasta La Lomba; otros, solamente hasta Espinilla, cabecera del municipio de Campóo de Suso. Aquí dejé el autobús y comencé a caminar por la carretera que, cuando esté terminada enlazará en Piedrasluengas con la que une Palencia con Potes y Tinamayor. Por estas tierras, que pisaron recelosamente los foramontanos del medioevo, caminaba hacia las altas cimas, que veía nevadas, entre oscuros nubarrones, presagio de mal tiempo, cuando alcancé a dos aldeanas indígenas, con las que trabé animada conversación, aprendiendo por boca de ellas parte del gran número de detalles y nombres de pueblos, montes y parajes. Los días que convivía con los campurrianos, pude comprobar el aserto de que son gente amable, hospitalaria y simpática. Sumamente paliqueros, nada agradecerá tanto un campurriano encerrado allá arriba en su invernadero, como el obsequio de un cigarro —un «pitu», como ellos dicen— del que tienen que prescindir cuando se les agota la provisión que se llevan a su cabaña.

Al anochecer llegué a Hoz de Abiada, donde pasé varias noches y algún día en el albergue de don Hilario Mier, tan campurriano como los demás; con eso queda dicho todo. El y su familia me indicaron las rutas de acceso a las principales cumbres y así subí en sendos días a las de Piquiliguardi (deformación de Pico Liguarde) y Cordel, desde donde pude atisbar la ruta conducente a Tres Mares.

Y al fin, un diez de mayo me decidí a satisfacer aquella gran ilusión. Partí

de Hóz de Abiada una mañana, dejando atrás los prados y huertas que la rodean; pasé por Abiada al cuarto de hora de marcha y poco después dejé atrás la bifurcación con el camino que por la izquierda conduce al puente de La Ureña y al collado del Henar; posteriormente, el camino descendió hasta la orilla del río Guares para volver a subir entre corpulentos robles, castaños y hayas; luego fueron vastas extensiones de enormes y sombríos acebos que me inspiraban temor, a pesar de que los campurrianos me habían indicado que en aquella época del año no eran de temer los lobos ni otras fieras o alimañas. Alcancé los jugosos prados de Brañahermosa y comencé la fuerte subida al amplio collado de Brañavieja, cubierto de landas festoneadas por altas retamas. Allí se iba a construir un refugio que hoy está terminado. Posteriormente se han construido más adelante otros dos más.

Salía a la carretera en construcción y continué por ella hasta su fin; luego comencé a caminar por la nieve con recelo, después cada vez con mayor confianza, hasta que me adapté enteramente a ella; no estaba ni blanda ni dura y era delicioso oír la crujiir bajo mis pies. Alcancé el collado de la Fuente del Chivo; soplaban un viento duro y frío del SE y era difícil caminar por la crestería, así que, al alcanzar el primer Cueto Negro, descendí por la vertiente mediterránea y continué por la nevada ladera hacia la cima. Había olvidado las manoplas que me ofrecieron la noche anterior y lo lamenté largamente, pues me hubieran protegido las manos sobremanera de aquel viento cruel.

Súbitamente, llegué al borde de un escarpe y comprobé que estaba en la Cumbre de las Hoyas (2.131 metros), antecima suroriental de Pico Tres Mares. Rápidamente subí a la cúspide principal, en la que vi una cruz de poca altura, reforzada por un triángulo de madera, en la que el hielo que los cubría formaba caprichosos dibujos; retiré una delgada lámina y leí la inscripción: «Pico Tres Mares. 2.175 metros». La ilusión quedaba satisfecha. Para que el momento fuese más feliz, el viento había calmado y las nubes habían huido de las cumbres, permitiéndome contemplar los cercanos Cuchillón (2.222 metros), al sureste; y Vaca Rabona (2.140 metros), al noreste, y detrás de ésta las restantes cimas de la Sierra del Cordel; lejos, al suroeste, Peña Curavacas (2.520 metros); al oeste, Peña Prieta (2.536 metros); más cercana, Peña Labra (2.018 metros) recortaba su forma de cubo inclinado hacia el norte, unido a Pico Tres Mares por áspero serrijón; al Noroeste, los blanquigrises y azulados Picos de Europa, con varias cumbres superiores a los 2.600 metros, y algo más a la derecha, al norte, Peña Sagra, en la sierra de igual nombre, con sus 2.042 metros.

Sentado sobre la nieve, no advertía su frialdad, absorto en la contemplación de la divina obra. Sentía ese extraño portilegio que solamente se siente en la soledad de las cumbres y el leve silbido del viento, los jirones de niebla que trepaban por los barrancos, arremolinándose graciosamente alrededor de las montañas, aquella cruz caprichosamente engalanada por artísticos dibujos, con el complemento de aquella nieve inmaculada, todo contribuía a una especie de encantamiento que hubiese deseado no tuviera fin. Pensaba en lo que puede cambiar el destino de una persona o cosa el más mínimo avatar. Un poco más aquí o un poco más allí que cayesen aquellos copos, algo más a la derecha o a la izquierda y la gota de agua que cayese sobre Pico Tres Mares podría ser Nansa, camino del mar de las galernas; Pisuerga, primero y Duero después, para en Oporto rendir tributo al proceloso océano que engullió La Atlántida; o podría ser Hija

y Ebro para unirse a las azules aguas del Mare Nostrum, cuna de nuestra civilización...

Unos negros nubarrones se habían cernido sobre Curavacas y Peña Prieta y avanzaban hacia mí, formando oscura cortina. Ello me hizo salir de mi ensimismamiento y abandonar la deseada cima. Apresuradamente, bajé por la nieve de la vertiente SE con comodidad, pues aquélla facilitaba el descenso. Así debí pasar sobre la sepultada Fuente de Pidruecos, o Piruecos, para salir después a una pradera orlada de retamas. Junto al naciente Híjar, comí, levantando el campo antes de lo deseado, por la amenaza de lluvia, que me alcanzó cuando llegaba a una balma que compartí con varias cabras, empeñadas en cachear mi mochila, probablemente en busca de sal.

Cuando pasó el chubasco, ascendí hasta la carretera en construcción, que alcancé en el propio collado del Henar; descendí por los invernales de La Llorona al puente de la Ureña, donde hay una cascada de unos doce metros de desnivel y una marmita formada por el Guares, de la que dicen los aborígenes que es «un ojo de mar», es decir, que su fondo se comunica con el mar.

Desde el puente de la Ureña, el camino sube a unirse al itinerario de ida; al cuarto de hora de marcha, Abiada y tras otro cuarto de hora más, Hoz de Abiada, con aquel hogar calentito y sus moradores esperándome. Atrás, despojado de los feos nubarrones de antes, el bello Tres Mares, al que contemplé, acariciándole con la mirada, que le decía: «Volveré». La mariposilla de la ilusión había ido conmigo a su cúspide y estaba satisfecha.